



CRECED

www.creced.ch

mayo/junio 2020

Índice nº 3/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
8	Con la carne pero no según la carne	<i>H.H. Snell</i>
10	Los dos lazos	<i>C.H. Mackintosh</i>
14	El águila y la víbora	
15	El discurso de Abías	<i>J.A. Monard</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Principios esenciales de la vida cristiana

(Viene de la página 5 del n° 2.2020)

3. La vieja naturaleza y la victoria sobre ella

El descubrimiento de la naturaleza pecaminosa

En el feliz disfrute de la nueva naturaleza con sus deseos de agradar a Dios, el joven cristiano pronto se ve perturbado por el descubrimiento del mal todavía presente en su corazón. A pesar del amor por el Señor y los deseos de complacerlo, el recién convertido encuentra que los malos deseos persisten en su corazón y en su mente. Este es un descubrimiento decepcionante, no obstante verdadero, que todo cristiano tiene que hacer, pues es cierto que la naturaleza maligna con la que nacimos en el mundo aún permanece en nosotros después de haber nacido de nuevo del Espíritu de Dios.

La experiencia de Romanos 7

Al leer Romanos 7, encontramos que nuestra experiencia del descubrimiento del mal dentro de nosotros es algo parecida a la descrita en este capítulo, en donde se presenta

la experiencia personal del hombre renovado, quien descubre esta ley en sus miembros: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (v. 21-23). La persona convertida realiza así que tiene dos naturalezas, la nueva naturaleza del hombre interior y la naturaleza maligna del pecado. Una es humana y está contaminada, la otra es de Dios, es santa y sin pecado.

Cada uno de los convertidos también aprende que cuando se comete lo que el hombre nuevo odia, ya “no soy yo (la persona convertida) quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí” (v. 17). La naturaleza pecaminosa que aún mora en el creyente es la fuente de todos los malos pensamientos, sentimientos, pasiones y acciones que la nueva naturaleza odia.

Además, el creyente experimenta que su vieja naturaleza no se ha mejorado después de su salvación, que no se puede ni mejorar ni cambiar. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (8:7). Tenemos que aprender la lección de Romanos 7:18: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”. Esta es una

lección difícil de aceptar, pero que es necesaria para obtener la victoria sobre la vieja naturaleza.

Crucificado juntamente con Cristo

En Romanos 6:6 leemos: “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido (anulado, versión francesa J.N.D.), a fin de que no sirvamos más al pecado”. Aquí hay algo muy importante que Dios quiere enseñarnos y es que “nuestro viejo hombre fue crucificado” juntamente con Cristo. El término el “viejo hombre” se encuentra tres veces en las Escrituras y denota la condición en la cual el creyente se encontraba antes como pecador responsable: El “viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos” (Efesios 4:22).

Este estado ha sido juzgado cuando Cristo murió en la cruz. Cristo ha alcanzado una liberación tan completa para el creyente que este último puede identificarse por la fe con Cristo en la cruz y ver en Su muerte su propia muerte como pecador responsable ante Dios. Así podemos decir con el apóstol Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado” (Gálatas 2:20). Por fe podemos mirar hacia atrás a la cruz y decir: “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con” Cristo.

Esto le da descanso al corazón y un verdadero sentido de poder contra el pecado. “Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9-10). Este es un hecho cumplido para el cristiano y, a medida que lo realicemos por fe, el resultado práctico será: “que el cuerpo del pecado (el pecado que mora en nosotros) sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6: 6). El poder para vencer el pecado que mora en nosotros está en creer estas verdades acerca de la muerte del viejo hombre y la existencia del nuevo hombre ante Dios. Debido a que Dios dice: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3), el creyente mortifica su carne, es decir, hace morir de manera práctica todo lo que es inconsistente con la muerte de Cristo (Colosenses 3:5).

“Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). En la persona de Cristo, nuestro sustituto en la cruz, Dios condenó al pecado en nuestra carne, nuestra naturaleza pecaminosa, y lo juzgó allí una vez por todas. Él no solo murió por nuestros pecados, sino también por ese principio que está a la raíz del mal en nosotros, el pecado en la

carne, y “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). La condenación del pecado en la carne por el justo juicio de Dios quita el pecado delante de Él por el sacrificio de Cristo. Este acto es eficaz para todos los que creen en Jesús quien lo cumplió.

Por lo tanto, no estamos llamados a tratar de mejorar, erradicar o «quemar» la vieja naturaleza de pecado en nosotros como algunos enseñan. Debemos aceptar la condenación y el juicio de Dios sobre el pecado en la carne que se ejecutó en la cruz de Cristo y gozarnos de que ha sido puesto fuera de Su vista.

Una nueva posición

En la cruz de Cristo, nuestra antigua posición ante Dios como hijos de la raza perdida de Adán llegó a su fin. Allí hemos muerto bajo el juicio de Dios ejecutado sobre Cristo nuestro sustituto. Como creyentes en el Salvador quien murió por nosotros estamos ahora asociados con el Cristo resucitado y glorificado, con una nueva posición ante Dios. Dios ya no nos ve ante Él en nuestra naturaleza pecaminosa. Ya no nos ve en relación con la vida condenada del primer Adán, sino en la vida de resurrección de Cristo, el postrer Adán. Él no mira nuestra naturaleza pecaminosa con la que el recién convertido está muchas

veces ocupado y angustiado. Dios ve al creyente **en Cristo**, “acepto en el Amado” y “completo en Él” (Efesios 1:6; Colosenses 2:10). “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). Esta es la nueva posición del cristiano ante Dios y la realización de esto es un gran consuelo para aquel que está preocupado por el descubrimiento de su naturaleza pecaminosa. Saber que Dios ha terminado con nuestro viejo hombre y que ya no nos ve en esta posición, nos ayuda a terminar con la vieja naturaleza y a no seguir ocupándonos de ella.

Considerarnos muertos al pecado

Sabiendo que Dios considera a nuestro viejo hombre muerto con Cristo, se nos dice: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11). Debemos vernos como Dios nos ve, creyendo que hemos muerto con Cristo y que hemos resucitado con Él, siendo muertos al pecado.

Aunque nuestra vieja naturaleza todavía está presente en nosotros, debemos negarnos a escucharla u obedecerla cuando se manifiesta, haciéndonos pensar en esto o aquello, o diciéndonos que hagamos cualquier cosa que no agrada a Dios. Debemos tratarla como una persona muerta que no tiene derecho a vivir

o a ser escuchada. Tiene que permanecer en la muerte y debemos acordarnos siempre que Dios dictó sentencia de muerte sobre ella. Este es el camino para considerarnos prácticamente muertos al pecado y vivos para Dios.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (v. 12). Aunque el pecado todavía mora en nosotros, no debemos permitir que reine en nosotros ni que gobierne. No hay que obedecer sus concupiscencias.

Presentarnos nosotros mismos a Dios

“Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:13). Aquí está el tercer punto de la instrucción vital de Romanos 6: presentar nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. En otro tiempo éramos esclavos del pecado, pero ahora nuestro Salvador nos ha libertado de la esclavitud del pecado y, por eso, debemos presentarnos nosotros mismos a Él y servir a la justicia. Necesitamos reconocer los derechos del Señor sobre nosotros y darnos cuenta de que le pertenecemos y que debemos servirle. El apóstol nos dice:

“No sois vuestros... porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19-20).

Cuando uno se presenta a sí mismo al Señor y le sirve, mientras lo hace, uno escapa a la tentación de servir a la carne, ya que no es posible hacer dos cosas distintas al mismo tiempo, es decir, servir al Señor y también al pecado. Por lo tanto, es bueno para el creyente hacer algo para el Señor y ocupar su corazón con Él y con las cosas que le conciernen. Al hacerlo, presenta sus miembros a Dios como instrumentos de justicia y se hallará por encima del poder de la naturaleza pecaminosa.

El poder en el Espíritu Santo

El poder para mantener la vieja naturaleza en el lugar de la muerte se encuentra en el Espíritu Santo: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13). Encontramos que somos incapaces de dominar la naturaleza pecaminosa dentro de nosotros con nuestras propias fuerzas. Pero, con la ayuda del Espíritu de Dios que mora en nosotros, quien nos fortalece con poder (Efesios 3:16), podemos hacer morir las obras malas de la carne y mantenerlas bajo control. Este es el secreto de la victoria sobre la naturaleza vieja y

pecaminosa: la victoria por el poder del Espíritu.

Se nos exhorta a “andar en el Espíritu (escuchar la voz del Espíritu y hacer por su poder lo que nos manda), y a no satisfacer los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). El Espíritu Santo en el creyente es como un hombre fuerte que vive en una casa en la que hay un inquilino perverso que debe sujetar. Este mal habitante es más fuerte que el dueño de la casa y lo supera, pero el hombre fuerte ayuda al propietario a mantener este mal encerrado y bajo control. Este huésped malvado lo podemos comparar con nuestra naturaleza pecaminosa. Si permitimos que el Espíritu Santo tenga el control de nuestras vidas, Él mantendrá a la vieja naturaleza sujeta y nos dará la victoria para que no vivamos conforme a la carne, sino según los deseos de la nueva naturaleza.

El juicio de uno mismo y la confesión

Si uno escucha a la carne, se rinde a sus deseos y comete el mal, el Espíritu de Dios dentro de nosotros se aflige, la comunión con Dios se interrumpe y nos sentimos miserables. Entonces, el Espíritu Santo no tiene libertad para ayudarnos a hacer morir las obras de la carne en nosotros, sino que es afligido porque lo menospreciamos y dimos lugar a las obras de la carne.

La única forma de restauración es juzgarnos a nosotros mismos ante el Señor y confesar a Dios nuestro mal. “Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados” (1 Corintios 11:31). “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). El juicio personal y la confesión deben practicarse diariamente, ya que siempre encontraremos algo en nuestras vidas y nuestros corazones para juzgar delante del Señor.

Cuando nos juzgamos a nosotros mismos, tomamos partido con el Señor contra nosotros mismos y contra lo que le desagrada, y tenemos la promesa de que Él nos perdonará y nos limpiará de toda maldad. Si no practicamos el juicio personal, Dios debe castigarnos y juzgarnos “para que no seamos condenados con el mundo” (1 Corintios 11:32).

Mantener una buena conciencia

Relacionado con el juicio personal está el mantenimiento de una buena conciencia, la cual es muy necesaria para la victoria en la vida cristiana. El apóstol Pablo dijo: “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hechos 24:16). La única forma en que podemos tener una buena conciencia ante Dios y los hombres es andar en la verdad

y, si hemos fallado en esto, el juicio de uno mismo y la confesión deben ser ejercitados ante Dios y ante los hombres. “Manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos” (1 Timoteo 1:19). Si un creyente abandona el mantenimiento de una buena conciencia, naufragará en su fe y arruinará su vida cristiana y su testimonio.

“Si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:20-22). Tal es el feliz efecto de una buena conciencia ante Dios, y es muy cierto que, al contrario, si la conciencia y el corazón de un creyente lo condenan, debe constantemente considerarse muerto al pecado, presentarse a sí mismo a Dios, andar en el Espíritu y practicar el juicio de sí mismo, si es que desea disfrutar de una buena conciencia ante Dios y ante los hombres.

No alimentar la vieja naturaleza

Antes de concluir este tema, recordamos a nuestros lectores que, si nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, y nuestra vieja naturaleza se mantiene muerta, la

consecuencia es que no debemos alimentarla, sino que debemos mantenerla desnutrida. Romanos 13:14 nos dice: “No proveáis para los deseos de la carne”. Si prestamos atención a los antojos de la vieja naturaleza y la alimentamos con lo que le gusta, hacemos provisiones para que la carne satisfaga sus deseos, entonces se fortalece y se vuelve fuerte para luego muy pronto reinar sobre nosotros.

Vimos en una sección anterior que necesitamos alimentar a la nueva naturaleza para que crezca fuerte y se desarrolle. Al hacerlo, haremos que la vieja naturaleza muera de hambre, porque lo que alimenta a la nueva naturaleza hace morir de hambre la vieja naturaleza, pues cada una desea un alimento diferente. Como ilustración, podemos imaginar a un perro y un águila encadenados el uno al otro. Alimentar solo al perro hará morir de hambre al águila y el perro tendrá el dominio, pero si es el águila la única que fuera alimentada, el perro se morirá de hambre y el águila se volverá fuerte y subirá a lo alto, llevando consigo al perro. Así sucede en nosotros mismos; ¿a quién alimentamos, a la vieja o la nueva naturaleza?

Resumen

Los temas anteriores que hemos considerado en relación con «la vieja naturaleza y la victoria

sobre ella» son elementos esenciales para tener una vida cristiana feliz y victoriosa. La verdadera vida cristiana solo puede ser vivida y disfrutada cuando el cristiano se da cuenta de que el viejo hombre ha sido crucificado con Cristo y que su naturaleza pecaminosa ha sido condenada por Dios en la cruz, que se considera muerto al pecado, se entrega a Dios y camina en el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros. Enseñado por el Espíritu, el creyente realiza su aceptación y su nueva posición ante Dios que lo lleva a caminar en la verdad, a practicar el juicio personal y la confesión con respecto a cualquier falta en su andar.

(Continuará)

Con la carne pero no según la carne

“No estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es así que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (Romanos 8:9, V.M.).

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).

¡Maravillosas alturas y profundidades de la gracia divina! Sus

profundidades nos tomaron cuando estábamos en nuestros delitos y pecados, expuestos a la ira de Dios. Sus alturas nos llevaron, en Cristo, hasta Dios, a una bendición eterna. Ahora se dice de nosotros que no estamos “en la carne” (Romanos 8:9, V.M.), que no somos “del mundo” (Juan 17:14), que no estamos “bajo la ley” (Romanos 6:14), sino “en el Espíritu”, y que fuimos bendecidos “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3).

La importante pregunta para nosotros es esta: ¿Hasta qué punto hemos recibido estas verdades en nuestro corazón? ¿Hasta qué punto hemos acompañado de fe la verdad de Dios respecto a lo que Él operó en Cristo? El punto práctico es este: ¿Tomamos habitualmente nuestro lugar en el Señor Jesús cuando estamos en relación con nuestro Padre? Los que comprenden estas verdades por la fe encontrarán su gozo y reposo allí, en la presencia del Padre. Adoran a Dios en el Espíritu, y tienen comunión “con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3).

Pero aunque el creyente no está en la carne, descubre con tristeza que la carne está en él. Por experiencias humillantes aprende a decir: “En mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). La gran causa de desánimo para todo creyente en el curso de su crecimiento espiritual no radica tanto en lo que

hace, sino más bien en lo que él es. Tomar conciencia, y con dolor, de que posee esta mala naturaleza: orgullo, voluntad propia y codicia que surgen en lo profundo de su ser, aun cuando no se exterioricen. Y cuanto mayor es su deseo de vivir para la gloria de Dios, mayor también es su tristeza al ver su “ropa contaminada por su carne” (Judas 23). Allí, en su corazón, se encuentra su mayor enemigo, su adversario permanente, que ni el tiempo ni las circunstancias pueden mejorar, porque es irremediablemente malo, “engañoso... más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9). Y cuanto más nos ocupamos de nuestra vieja naturaleza marcada por el pecado, más débiles somos frente a ella, porque es ella la que cobra importancia en nuestra vida y ya no más el Señor Jesús, que es nuestra nueva vida.

Estar ocupado en las variadas y engañosas actividades de la carne, no es de ninguna manera considerarla crucificada; tampoco es hacer realidad que hemos muerto en cuanto a la carne. Considerarla como una fuerza contraria que hay que vencer, es reconocer su presencia, reconocer que está viva. Pero tenerla por muerta en la muerte de Cristo, muerta judicialmente en Cristo nuestro Sustituto, y encontrar todos nuestros recursos en un Cristo resucitado y glorificado, es considerarnos “muertos al pecado” y “vivos para Dios en Cristo Jesús” (Romanos 6:11). ¡La

fe siempre mira las cosas desde el punto de vista de Dios! Se pone del lado de Dios, quien considera nuestro viejo hombre puesto de lado para siempre en la muerte de Cristo en la cruz, y quien nos ve siempre “completos en él”, su Hijo amado, en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9-10).

Es cierto que somos objeto de los continuos cuidados y disciplina de nuestro Padre. Si estamos en la carne y no en el Espíritu, esto puede requerir Su reprensión y disciplina de amor; pero ello no afecta de manera alguna la preciosa verdad de nuestra permanente aceptación en el Señor Jesús resucitado y de nuestra posición en Él. Hemos sido hechos “perfectos para siempre” por la ofrenda de Cristo, hecha una vez para siempre (Hebreos 10:14). El hecho es que, por la gracia, no estamos “en la carne” sino en Cristo, aunque la carne esté en nosotros. Lo que debemos hacer es reconocer que nuestro viejo hombre, delante de Dios y para la fe, ha muerto en Cristo crucificado. Entonces podemos estar constantemente ocupados en el Hijo de Dios que triunfó, como Aquel en quien hallamos todos nuestros recursos, nuestra fuerza y nuestros motivos.

Aquellos que están ocupados con las glorias y excelencias personales de nuestro Señor Jesucristo, con su obra cumplida y con todo lo

que Él es para nosotros, son verdaderamente bienaventurados. Son hechos capaces de gustar siempre las consolaciones del amor del Padre, y el gozo de su eterna seguridad, siendo hechos perfectos y estando completos en su Hijo amado. ¡Podrán velar y orar esperando su retorno!

H.H. Snell

Los dos lazos

La vida eterna
y la comunión personal

En el cristianismo hay dos lazos muy importantes: el lazo de la **vida eterna**, y el lazo de la **comunión personal**. Ambos son diferentes y nunca deben confundirse; y, puesto que están íntimamente relacionados, no deben separarse jamás. El primero constituye el fundamento de nuestra seguridad; el segundo, la fuente secreta de nuestro gozo y el origen de nuestro crecimiento espiritual. El primero no puede ser roto jamás; el segundo, lo puede ser por miles de cosas.

En primer lazo —de la vida eterna— es la obra de Dios solo. El hombre en su estado natural no tiene ningún conocimiento de este lazo:

“Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6). Puede que haya mucho de lo que es realmente amable, gran nobleza de carácter, gran generosidad, estricta integridad; pero no vida eterna. El primer lazo es desconocido. No importa cuán cultivada y elevada sea la naturaleza: usted no puede de ninguna manera formar el gran lazo de la vida eterna. Puede hacer esta naturaleza moral, instruida, religiosa, pero en tanto ella sea simplemente naturaleza, no tiene la vida eterna... No podemos, por las excelencias del primer Adán, por más que se concentren en un solo individuo, establecer un derecho a ser miembros del segundo Adán, que es Cristo. Los dos son totalmente distintos. El viejo y el nuevo, el primero y el Segundo. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (Juan 3:6; 2 Corintios 5:17).

Nada puede ser más explícito, más concluyente que la última cita de 2 Corintios 5: “Las cosas viejas” —cualquiera sea su naturaleza— “pasaron”. Su existencia no es reconocida en la nueva creación, donde “todo... proviene de Dios” (v. 18). El antiguo fundamento ha sido completamente removido y, en la Redención, se han echado nuevos cimientos. No

hay una sola partícula del viejo material, empleado en el nuevo. “Todas (las cosas) son hechas nuevas”: “todo... proviene de Dios”. Los vasos de la antigua creación han sido puestos de lado y, en su lugar, fueron puestos los de la Redención. La vestimenta de la antigua creación ha sido desechada, y la nueva, la impecable ropa de la Redención, la sustituyó. La mano del hombre jamás tejió un solo hilo ni puso un solo punto en esta bella ropa. ¿Cómo lo sabemos? ¿Cómo podemos hablar con semejante confianza y autoridad? Lo decimos, por la autoridad divina y la voz concluyente de la Santa Escritura, que declara que en la nueva creación “todo... proviene de Dios”. ¡Alabado sea el Señor de que así sea! Esta verdad que hace que todo sea tan seguro, pone todas las cosas en una posición que está enteramente fuera del alcance del poder del enemigo. El adversario no puede tocar nada ni a nadie en la nueva creación.

Examinemos ahora cómo podemos entrar en la nueva creación —y de qué manera venimos a ser poseedores de la naturaleza divina—, cómo se forma este lazo de la vida eterna. Una cita o dos de la Palabra bastarán para hacernos comprender este punto. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda,

mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Lector, note estas palabras, y observe la relación: “en él cree” y “tenga vida eterna”. He aquí el lazo: la simple fe. De esta manera pasamos de la antigua creación y de todo lo que le pertenece, a la nueva creación con todo lo que le pertenece. Éste es el precioso secreto del nuevo nacimiento: la fe que opera en el alma por la gracia de Dios, por el Espíritu Santo; la fe que cree a Dios en su Palabra, que da por cierto con su sello que Dios es veraz. La fe que enlaza al alma con un Cristo resucitado: la Cabeza y el principio de la nueva creación.

Pasemos a otra cita: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Aquí encontramos de nuevo el enlace: “El que cree en mí”, “tiene vida eterna”. Nada puede ser más simple. Por el nacimiento natural, entramos en los límites de la antigua creación, y venimos a ser herederos de todo lo que pertenece al primer Adán. Por el nacimiento espiritual, entramos en los límites de la nueva creación y venimos a ser herederos de todo lo que pertenece al segundo Adán. Y si se pregunta: ¿Cuál es el secreto del gran misterio del nacimiento espiritual? La respuesta es: La fe. “El que cree en mí”, dice el Señor. En consecuencia, si el lector cree en Jesús,

él está en la nueva creación, según el lenguaje de los pasajes citados; es poseedor de la naturaleza divina; está unido a Cristo por un lazo que es absolutamente indisoluble. Esa persona no perecerá jamás. Ningún poder de la tierra o del infierno, de los hombres o de los demonios, es capaz de romper ese lazo de la vida eterna que pone en relación a todos los miembros de Cristo con su Cabeza en la gloria, y los unos con los otros...

Además, debemos ser cuidadosos de no confundir el lazo de la vida eterna con el de la comunión personal, los cuales, aunque íntimamente unidos, son perfectamente distintos. No debemos desplazarlos, sino dejarlos en su orden divino. El primero no depende del segundo, pero el segundo proviene del primero. El segundo es un lazo tanto como lo es el primero, pero es el segundo y no el primero. Todo el poder y la malicia de Satanás son **incapaces** de romper el primer lazo; el peso de una pluma puede romper el segundo. **El primer lazo es eterno**, el **segundo** puede ser roto en un **instante**. El primero debe su permanencia a la obra de Cristo por nosotros, la que fue cumplida en la cruz, y a la Palabra de Dios para nosotros, que fue establecida para siempre en el cielo. El segundo depende de la acción del Espíritu Santo en nosotros, y puede ser —y lamentablemente lo es— impedi-

do por miles de cosas cada día. El primero está fundado en la victoria de Cristo a favor de nosotros; el segundo, por la victoria del Espíritu Santo en nosotros.

Ahora bien, nuestra firme convicción es que miles de cristianos son sacudidos con respecto a la realidad y la perpetuidad del primer lazo —el de la vida eterna—, a causa de sus fracasos en el mantenimiento del segundo, el de la comunión personal. Algo sobreviene para romper el segundo, y ellos comienzan a poner en duda la existencia del primero. Esto es un error, pero sirve para mostrar la inmensa importancia de una santa vigilancia en nuestro andar diario a fin de que el lazo de la comunión personal no sea roto por el pecado, en pensamientos, palabras o acciones; y, si es roto, deberíamos restaurarlo de inmediato mediante el juicio de sí mismo y la confesión, fundados en la muerte y la intercesión de Cristo. Es un hecho innegable, confirmado por la penosa experiencia de miles de santos, que cuando el segundo lazo es roto, es casi imposible ver la realidad del primero. Pero la interrupción de la comunión en sí, por más que para nosotros sea algo de vital importancia, en realidad no es sino algo de valor secundario, e incluso insignificante, cuando se la compara con la deshonra hecha a Cristo y con la tristeza causada al Espíritu Santo por aquello que ocasionó la pérdida

de la comunión, esto es, por el pecado no juzgado.

¡Que el Espíritu Santo trabaje en nosotros poderosamente, para producir vigilancia, piedad, seriedad, celo, a fin de que nada interrumpa nuestra comunión, y que los dos lazos sean comprendidos y los disfrutemos en su debido lugar y en su orden conveniente, para la gloria de Dios por nosotros, para la estabilidad de nuestra paz en Él, y la integridad y la pureza de nuestro andar delante de él!

La Pascua: el sacrificio y la fiesta

A fin de desarrollar más plenamente el tema de «los dos lazos», queremos dirigir un momento la atención del lector a un importante pasaje de 1 Corintios 5: “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta...” (v. 7-8). Esta breve cita nos muestra el alcance de la verdad presentada. En primer lugar, tenemos el gran hecho establecido: “Nuestra pascua... Cristo, ya fue sacrificada”, y, en segundo lugar, un serio llamamiento: “Celebremos la fiesta”. En el primer caso tenemos el fundamento de nuestra seguridad; en el último, el secreto de nuestra santidad personal.

Hallamos aquí, en su distinción característica y su debido orden, nuevamente los dos lazos. Tenemos un sacrificio y una fiesta, dos cosas

totalmente distintas y, sin embargo, en íntima relación la una con la otra. El sacrificio es perfecto, pero la fiesta debe ser celebrada. Tal es el orden divino. La perfección del sacrificio **asegura** los derechos del creyente, y la celebración de la fiesta **incluye** toda su vida práctica.

Debemos tener cuidado de no confundir estas cosas. La fiesta de los panes sin levadura, fundada en la muerte del cordero pascual, era la figura de la santidad práctica que debía caracterizar toda la vida del creyente. Cristo ha sido sacrificado: esta verdad nos asegura un título perfecto. “Veré la sangre y pasaré de vosotros” (Éxodo 12:13). Por la sangre del cordero, Dios, como Juez, fue apaciguado y plenamente satisfecho. El ángel destructor debía atravesar la tierra de Egipto a la medianoche, con la espada del juicio en su mano, y el único medio para escapar era la aspersión de la sangre, y para Dios esta sangre era suficiente. Dios había dicho: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. La salvación de Israel descansaba en la estimación que Dios tenía de la sangre del cordero. El alma no podría descansar en una verdad más preciosa. La salvación del hombre descansa en la satisfacción que Dios halló en la obra de su Hijo. ¡Alabado sea Dios! “Nuestra pascua... Cristo, fue sacrificada por nosotros.” Notemos las palabras: “fue sacrificada” y “por nosotros”. Esto resuelve todo lo que

concierna a la tan importante cuestión de la salvación del juicio y de la ira. Así se forma el precioso lazo de la salvación, el cual jamás puede ser roto. No hay ninguna diferencia entre el lazo de la vida eterna y el lazo de la salvación. El Señor Jesucristo —el Salvador viviente, la Cabeza resucitada—, mantiene, y mantendrá siempre, este lazo en una inquebrantable integridad, como él mismo lo dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis”. “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.” “Viviendo siempre para interceder por ellos” (Juan 14:19; Romanos 5:10; Hebreos 7:25).

Todavía una o dos palabras sobre la exhortación del apóstol: “Así que celebremos la fiesta”. **Cristo nos guarda, pero nosotros debemos celebrar la fiesta.** Él fue sacrificado para que nosotros tengamos una fiesta que celebrar, y esta fiesta es una vida de santidad personal, una separación práctica de todo mal. La comida de los israelitas se componía de tres cosas: un cordero asado, hierbas amargas y panes sin levadura. ¡Preciosos ingredientes! Muestran en un lenguaje típico, primeramente, a Cristo habiendo soportado la ira de Dios por nosotros; en segundo lugar, los profundos ejercicios espirituales del corazón que fluyen de nuestra contemplación de

la cruz; y, en tercer lugar, la santidad personal o la separación práctica del mal. Tal era la fiesta de los redimidos de Dios, y tal es la nuestra hoy. ¡Oh, que podamos celebrarla en su debido orden! ¡Tengamos los lomos ceñidos, los pies calzados y nuestro bordón de peregrinos en la mano! (véase Éxodo 12:11).

C.H. Mackintosh

El águila y la víbora

“Exhortaos los unos a los otros cada día... para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Hebreos 3:13).

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis” (Efesios 5:15).

«Una clara mañana de verano —me contó un amigo montañés— observé a una joven ave de rapiña posada en una roca cercana. Era un águila real. Repentinamente desplegó sus alas y con un movimiento majestuoso subió cada vez más alto. Después de unos minutos no fue más que un pequeño punto negro. Pero, de repente, comenzó a bajar desordenadamente haciendo la barrena, las alas medio plegadas, para terminar estrellándose

El discurso de Abías

2 Crónicas 13

contra el suelo a algunos metros de mí. Después de haberla examinado, descubrí una pequeña víbora fuertemente aferrada al pecho del águila. Mientras el ave descansaba en la roca, la serpiente se acurrucó bajo sus cálidas alas y la mordió en pleno vuelo».

Nosotros también, amigos cristianos, podemos dejarnos morder por el pecado en sus múltiples formas: mentira, maledicencia, egoísmo, deshonestidad... El pecado no puede quitarnos la nueva vida que tenemos en Cristo; sin embargo, puede quebrantar nuestra energía, nuestro servicio para Dios. Seamos, pues, vigilantes; pidamos al Señor que nos muestre en qué le entristecemos. Si somos conscientes de haber cometido una falta, es necesario que se la confesemos inmediatamente; él nos ayudará a triunfar sobre ella. Así podremos vivir de una manera que le agrade. No nos contentaremos con evitar el mal; nuestro verdadero gozo será buscar el bien y cumplirlo por amor a Dios y a nuestro prójimo.

La Buena Semilla

¿Qué pensar del discurso pronunciado por Abías, rey de Judá, sobre la montaña de Zemaraim, —discurso dirigido a Jeroboam y a su ejército que vienen para atacarlo? Tal vez la respuesta no es evidente. Por un lado, tenemos la impresión de que Abías está satisfecho de sí mismo y se jacta. Por otro lado, todas las afirmaciones de su discurso son correctas y finalmente, Dios concede la victoria a Judá sobre su invasor. ¿Es esta intervención de Dios la señal de su aprobación?

El estado de Israel y de Judá en esa época

Como consecuencia de la infidelidad de Salomón, el reino de Israel fue dividido. Diez tribus fueron dadas a Jeroboam y solo dos le quedaron a la familia de David.

Con la mira de crear un centro de unidad religiosa en su reino, Jeroboam estableció becerros de oro en Betel y en Dan, en el sur y en el norte de su territorio. Instituyó sacrificadores y ceremonias religiosas conforme a sus ideas, y disuadió a su pueblo de ir a adorar a Dios en Jerusalén. De esta manera llevó a las diez tribus a la idolatría. “Los pecados con que hizo pecar a Israel” fueron recordados hasta el fin de su

historia (1 Reyes 15:26; ... 2 Reyes 15:9, 18, 24, 28).

Al mismo tiempo que Jeroboam, Roboam reinó sobre las dos tribus de Judá y Benjamín. El culto de Dios fue mantenido en Jerusalén, los sacrificadores siguieron cumpliendo con su servicio conforme a las prescripciones de la ley. De todo el país hubo hombres que vinieron a Jerusalén, “los que habían puesto su corazón en buscar a Jehová Dios de Israel”; sirvieron para fortalecer el reino de Judá que anduvo en un buen camino durante un breve período (2 Crónicas 11:13-17).

Pero ¡ay! pronto, “Roboam... dejó la ley de Jehová, y todo Israel con él” (12:1). El gobierno de Dios en disciplina sobre Judá, y la intervención de un profeta que fue escuchado en cierta medida, frenaron un poco el desarrollo del mal (12:2-8). Sin embargo, Judá siguió de lejos el camino de las diez tribus: “Porque ellos también se edificaron lugares altos, estatuas, e imágenes de Asera, en todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso” (1 Reyes 14:23). Y otras abominaciones, semejantes a las de los paganos, se practicaban en el país (v. 24).

Las Escrituras dan pocos detalles respecto del comportamiento de Abías —o Abiam— hijo y sucesor de Roboam. Su reino, solo de tres años, se resume de esta manera: “Y anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él; y

no fue su corazón perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de David su padre” (1 Reyes 15:3). Y si Dios hizo que subsistiera su reino, no fue de ninguna manera a causa de su fidelidad, sino “por amor a David” (v. 4-5).

El discurso
sobre el monte de Zemaraim

Jeroboam, y las diez tribus, vienen para atacar el reino de Judá. Abías ve en frente de sí un ejército dos veces más fuerte que el suyo (2 Crónicas 13:3). Desde la cima de una montaña, dirige un discurso a sus adversarios para disuadirles de venir contra él (v. 4-12).

Lo que llama la atención en este discurso, es que no comporta más que afirmaciones justas... y que sin embargo suena falso. Abías recuerda los dones de Dios y sus promesas a David, la rebelión de Jeroboam, luego los becerros de oro y el culto corrupto establecido en Israel. En contraste, describe el culto conforme a la ley de Moisés que se rinde en Jerusalén. Hasta se atreve a afirmar: “Mas en cuanto a nosotros, Jehová es nuestro Dios, y no le hemos dejado” (v. 10). Y aún: “Y he aquí Dios está con nosotros por jefe, y sus sacerdotes con las trompetas del júbilo... Oh hijos de Israel, no peleéis contra Jehová el Dios de vuestros padres, porque no prosperaréis” (v. 12). En cuanto al

aspecto exterior, todo esto era justo. Y es innegable que el ataque de Jeroboam contra el reino de Judá iba en contra de la voluntad de Dios, la cual era de mantener una “lámpara” en Jerusalén (1 Reyes 15:4).

Pero ¿no es extremadamente penoso oír a un hombre poner en evidencia las faltas de los demás, a la vez que afirma su propia justicia y el buen estado de su pueblo? ¿Y esto tanto más por cuanto el testimonio que Dios nos muestra respecto a él es muy distinto! El libro de las Crónicas guarda silencio sobre este aspecto de las cosas, pero el libro de los Reyes nos dice que Abías anduvo en el mismo mal camino como su padre Roboam (1 Reyes 15:3). En estas condiciones ¿qué valor podía tener la afirmación de que Dios estaba con Judá? Era solo una vana pretensión.

¿Podía Dios satisfacerse del culto exteriormente correcto que aún se rendía en Jerusalén? ¿Podía estar con aquellos cuyos corazones se habían alejado de él, y en particular, con este rey? ¡Cuán triste es esta jactancia!

La gracia de Dios para con los hombres de Judá

El discurso de Abías no tuvo ningún efecto, ni persuasivo, ni disuasivo sobre Jeroboam y su ejército. Siguieron con su ataque. Rodeado por sus enemigos, Judá se halló

en angustia. Y entonces: “clamaron a Jehová” (2 Crónicas 13:14). En su gracia, Dios respondió a su grito. “Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá” (v. 15). No se habla de la fe de Abías, sino de la de los hombres de su pueblo. “Los hijos de Judá prevalecieron, porque se apoyaban en Jehová el Dios de sus padres” (v. 18). Así es como Dios contesta a los que se confían en él.

El capítulo no menciona ni alabanza ni agradecimiento al Dios que había dado una gran salvación. Concluye diciéndonos que “Abías... tomó catorce mujeres, y engendró veintidós hijos y dieciséis hijas” (v. 21). Abías anda en los caminos mundanos de Salomón.

¿Vana pretensión o hecho de fe?

El Dios que sondea los corazones sabe, y él solo, cuál era el verdadero estado de Abías. Sea como sea, su historia nos da una instrucción solemne. Nos enseña que la conciencia de estar exteriormente en el camino de Dios puede llevarnos a pronunciar palabras de juicio respecto de los que manifiestamente están en un mal camino, y palabras de satisfacción de nosotros mismos que solo revelan el orgullo de nuestros corazones. Igual como le sucedió a Abías, nuestra apreciación de nosotros mismos puede ser muy distinta de la de Dios.

A pesar de los estados de ánimo y de corazones diametralmente opuestos podemos afirmar que **Dios está con nosotros**. Podemos hacerlo con un denuedo de mala clase, fundado en la propia justicia y una religión exteriormente correcta. Pero también podemos hacerlo con un denuedo legítimo, reconocido y aprobado por Dios, fundado en la certidumbre de la fe. Tal denuedo se une perfectamente con la humildad. Es lo que nos muestra el ejemplo siguiente.

El denuedo de David frente a Goliat

El relato de 1 Samuel 17 es muy conocido. Ciertamente, no es a causa de “la soberbia de su corazón” —a pesar de que su hermano mayor le acusa por esto (v. 28)— que David había venido al valle de Ela. Su padre lo había mandado allá con una misión particular. Y cuando el joven vio al pueblo de Israel temblando frente a los filisteos, cuando oyó al gigante Goliat que “había provocado al ejército del Dios viviente” (v. 36), su corazón se conmovió. Siendo joven pastor en la soledad de los pastos, había experimentado la bondad y el poder de Dios (v. 34-37). Y Dios, en este día de angustia ¿no sería capaz de liberar a su pueblo? ¿No daría una respuesta a la fe del que se apoya plenamente en él? David solo cuenta con Dios y no con su honda, ni con sus méritos o con los de Israel.

¡Qué denuedo tan magnífico hay en las palabras que dirige al gigante al acercarse a él! “Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza” (v. 46-47).

¡Que el ejemplo de David nos dé aliento! ¡Y el de su bisnieto Abías sea una seria advertencia para nosotros!

“Con los humildes está la sabiduría” (Proverbios 11:2).

“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (16:18).

“La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra” (29:23).

J.A. Monard

¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

1 Corintios 6:19-20

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.

Colosenses 3:1

Sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.

1 Tesalonicenses 2:13

Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu. Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios.

Proverbios 16:18

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
